

9 de octubre de 2020

Solemne Acto de Apertura del Curso Académico 2020-2021

Palabras del Rector Magnífico,
Prof. Dr. D. José María Ortiz Ibarz

Con la emoción de estar viviendo el primer acto académico en la historia de esta nueva Universidad, nuestra primera mirada tiene que dirigirse hacia el pasado, a quienes generosamente pusieron los cimientos para que hoy podamos celebrarlo. E inmediatamente orientarse hacia el futuro, por la responsabilidad que tenemos quienes hoy estamos aquí: lo que vamos a sembrar será lo que recogerán quienes vengan detrás.

Esta mirada nos habla de recibir y de dar. Nos habla de quienes generosamente han gastado y gastan sus vidas. Estamos aquí porque muchas personas no sólo dieron “con” generosidad, sino que dieron “por” generosidad, por amor. A nosotros nos toca acoger lo que recibimos, y ponerlo en juego, pues es bueno sentirse en deuda cuando nos lleva a poner el alma en las cosas.

El momento presente nos interpela

Las circunstancias, la Historia, el destino, la Providencia a fin de cuentas hacen que celebremos este primer acto académico de la Universidad Villanueva en un contexto de zozobra provocado por una inopinada experiencia global de la vulnerabilidad humana.

Mientras buscamos la deseada inmunidad vivimos tiempos que apelan al sentido de responsabilidad, y nos sentimos interpelados sobre cuáles serán, o deberían ser, en el futuro las nuevas formas de hacer las cosas. Intuimos en cierto modo que nada será igual en el futuro, pero no sabemos lo que eso significa, ni el alcance que va a tener.

En una Universidad, no debemos pensar sólo en términos de oportunidades que se brindan a quienes saben aprovechar los nuevos escenarios. Es cierto que el desorden, la volatilidad, la aleatoriedad y la incertidumbre pueden generar a alguien más beneficios que pérdidas.

Pero la principal contribución de una Universidad se orienta a construir una nueva civilización, porque piensa en el bien común: en generar las condiciones de posibilidad de bienes mejores para todos, y no sólo para unos pocos capaces de leer adecuadamente la naturaleza de los sucesos mientras los demás permanecen atónitos intentando explicar por qué se han producido unos acontecimientos tan altamente improbables.

Todo cambia cuando alguien se pone en juego de verdad. La pandemia que estamos viviendo nos ha llevado a una especie de cárcel. A un lugar donde falta la luz, pues no sabemos lo que está ocurriendo; en el que no somos libres para desenvolvemos; y donde no podemos relacionarnos tranquila y normalmente con quienes desearíamos.

Y resulta que esos tres rasgos: la verdad, la libertad y la coexistencia, son los que mejor describen al ser humano; son, como diría Leonardo Polo, los trascendentales de nuestro ser personal. Además, la luz, la paz que ofrece la verdadera libertad interior y las alianzas preservadas de la corrupción (synalzómenos) son los símbolos de la Vida de quien se nos aparece resucitado mostrando un nuevo modo de ser Persona Humana.

Para cambiar el mundo. Una Universidad centrada en las personas

¿Cuál es entonces la pregunta que debemos hacernos? ¿Podemos vivir nuestra Misión como Universidad en estas circunstancias? ¿Es cierto que de una crisis se puede salir reforzado? ¿Está nuestra sociedad, con tantos ejemplos de solidaridad, dando lo mejor de sí misma?

Esa es la gran pregunta que una Universidad centrada en las personas tiene que hacerse: ¿qué significa dar lo mejor de nosotros mismos? En el fondo, ¿qué damos cuando lo damos todo? Porque quizás lo que estamos comprobando es que quien da sin dar-se de algún modo, en realidad no da.

Nuestra Misión afirma que somos una Universidad de inspiración cristiana que promueve una formación superior basada en la educación personalizada. Una Universidad centrada en la persona, que quiere acompañar a quienes la integran para transformar la sociedad.

Nuestra docencia e investigación, partiendo de las nuevas realidades (y de lo que hace nuevas a todas las realidades), tienen que profundizar y llegar a las preguntas antropológicas y éticas esenciales. Nuestra formación debe abarcar un desarrollo personal integral: es decir, de la persona en todas sus dimensiones, y de todas las personas, porque la Universidad tiene algo que decirnos durante toda la vida.

Para conseguirlo, los principales valores que nos proponemos se alinean con el ser personal humano: potenciar el talento (luz), activar los valores (libertad para el bien) y movilizar personas (coexistencia). Nuestra Misión se cumplirá si cada persona da lo mejor de sí, y para ello es preciso descubrir cuál es ese lugar en el mundo al que cada uno estamos llamados.

Como buenos universitarios, queremos cambiar el mundo. Pero cualquiera que se plantee la necesidad de un cambio de esa envergadura lo primero que debe preguntarse es por dónde empieza el cambio, ¿por los demás o por uno mismo? No vaya a ser cierto lo que afirmaba Tolstoi: que todos quieren cambiar el mundo, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo.

El cambio cultural que reclama esta época en la que lo exterior y lo interior parecen tensionarse de modo irreconciliable, en la que el cambiante devenir casi nos ha hecho olvidar la búsqueda de la verdad, sólo puede comenzar por nosotros mismos. Porque para cambiar el mundo sólo hace falta cambiar el propio corazón.

El corazón, sólo el corazón, ese lugar donde el amor se derrama porque ha sido derramado, donde reposa (en palabras de Joseph Ratzinger) como la energía primordial y la partícula elemental del Universo, es la raíz del ser personal humano, y sólo en él y desde él se pueden resolver las aparentes antinomias que vivimos.

No podemos definir ni captar en sí mismo el ser personal, el corazón, pues la raíz y fuente de toda unidad está más allá de la naturaleza esencial que conocemos. Sin embargo, podemos observar cómo se comporta, y aproximarnos apartando lo que nos lo oculta.

En términos matemáticos, cuando no alcanzamos a conocer una variable podemos al menos describir su función; en términos metafísicos, podemos adoptar la “separatio” como metodología de acceso al ser; en términos vitales, sólo quien llega al fin y lo traspasa sabe de qué estamos hablando.

En definitiva, ese ser que anida en cada corazón como un modo distinto de darse el amor no vive perdido: tiene indicadores, cuadernos de bitácora y una brújula. Incluso podría decirse que la asignatura de la vida cuenta con una guía docente repleta de objetivos, de competencias (generales, transversales y específicas) y resultados de aprendizaje, metodología y sistema de evaluación perfectamente verificados.

Las preguntas esenciales que se hacen las minorías creativas

La propuesta de cambiar el mundo cambiando el propio corazón no es utópica, y tampoco resulta ingenua, pues asume que en la historia humana el mal existirá siempre.

Ahora bien, para promover cualquier cambio importante se requiere crear sentido de urgencia, y formar una coalición que lo impulse. Esas coaliciones, que siempre han existido a lo largo de la Historia, son lo que Arnold Toynbee denominaba minorías creativas.

Estas minorías dan respuesta a los nuevos desafíos, manteniendo una tensión creativa necesaria para afrontar los retos que se presentan, aunque eso no signifique necesariamente que los lleguen a resolver o superar plenamente.

A una minoría creativa no se le pide que erradique el mal del mundo; no está en su mano, pues no es la dueña de la Historia; lo que se le pide es que mantenga despierta la conciencia de la humanidad, de modo que esa pequeña semilla termine por dar su fruto.

Las civilizaciones, los paradigmas, caen cuando pierden creatividad para afrontar un desafío. La minoría dirigente anterior sucumbe ante su autosuficiencia. Las soluciones del pasado se idolatran, y el olvido de la pregunta inicial se esconde tanto en la imitación de las soluciones como en el desarrollo de una frenética actividad que impide pensar.

Saber preguntarse los por qué, definir los verdaderos retos, es lo propio de las minorías creativas. Se trata de verdaderos “ethos” o lugares capaces de dar respuesta a los nuevos desafíos ante los que una civilización se encuentra.

Sólo necesitamos, por tanto, que una minoría creativa se haga las preguntas esenciales sobre cómo conseguir que nuestra civilización recupere los valores necesarios para que la nuestra sea una cultura centrada en las personas, en lo más íntimo que las configura.

¿Cuál es ahora, en nuestro tiempo, en nuestros días, la pregunta esencial? ¿No sigue siendo la pregunta por la felicidad?

Se puede ser libre y estar confinado. Por muchas que sean las restricciones, nada nos impide tener verdaderos encuentros porque el encuentro es ante todo interior. Y la apertura primera de la persona humana es hacia su interior, hacia la propia intimidad: al santuario de la conciencia, al sagrario del corazón.

Una cultura en tres dimensiones

Sólo una cultura superficial en la que el tener prevalece sobre el ser es incapaz de comprender que en la expresión “dar lo mejor de nosotros mismos” el verbo no es otro que “dar”, y por ende el indicador más propio del don es la felicidad.

En su raíz etimológica, la palabra cultura nos habla de culto, y de cultivo. Ya sabemos dónde nos llevan el culto al poder y el culto al dinero. Nos toca ahora experimentar en qué consiste cultivar una civilización del amor, viviendo las formas de hacer propias de su cultura más acorde. Y quien cultiva, lo primero que sabe es que habitualmente lo que llega a ser grande comienza siendo pequeño.

El amor que guarda cada corazón es lo más íntimo y sagrado de cualquier persona. Nos aporta el peso y el volumen porque constituye esa nueva dimensión que nos eleva sobre una mirada plana. Y en la medida en que nuestro don consiste en dar, la cultura que demanda es la del verdadero encuentro, la del intercambio de dones.

El cambio cultural que nuestra sociedad necesita guarda una cierta similitud con los viajes a los territorios inexplorados. No podía ser de otro modo, ya que, en lo más íntimo, cualquier persona es única, irrepetible, impredecible. Pero ese viaje no es una especie de salida sin retorno, porque toda vida es a la vez exitus (salida) y reditus (retorno).

Cualquier vida, cualquier ser, está en salida porque es manifestación y producción de un don, de una palabra, de un orden del amor. Y también es retorno porque consiste en la restauración y perfeccionamiento que le hacen conservar la mirada puesta en su fin.

En ese viaje, en el personal y en el de nuestra cultura, no hay mapas detallados, pero sí una geografía del espíritu, y una brújula.

Hasta hace pocos años solía afirmarse, con palabras de Borges, que un mapa de la realidad a escala 1:1 no era posible, y que si lo fuera no sería útil. Quería subrayarse de ese modo la idea de que nuestro modo de representar el mundo siempre tiene limitaciones, y no puede darse con toda la precisión y exactitud.

Hoy, en la era de la hiperrealidad, sí nos resulta posible llevar en la mano una representación precisa de cualquier lugar del mundo. Pero el mapa nunca podrá ser el territorio: siempre será una parte, y el todo no puede caber en una de sus partes. Además, cualquier representación queda caduca en el instante siguiente, Como sostienen los expertos en fractales, ¿cuál es exactamente la longitud de una playa? Cualquier medición que ofrezcamos habrá cambiado en un instante.

Además, a un mapa, con sus dos dimensiones, siempre le falta la tercera, esa dimensión que proporciona el amor. Por eso, cuando analizamos los valores configuradores de las diferentes culturas, y su sistematización en forma de modelos, tenemos que evitar las polaridades que se producen si nos movemos solamente en una o en dos dimensiones.

Quien considerase como polos opuestos lo exterior y el interior de la persona, lo lejano y lo cercano, estaría dibujando un eje en el que la salida hacia el mundo le aleja cada vez más del retorno a su intimidad. De modo similar, podría dibujarse otro eje formado por dos polos también aparentemente opuestos que explican la realidad personal: lo cambiante y lo estable, la historia y la verdad.

En numerosas ocasiones, los modelos culturales que tratan de explicar lo que sucede en las organizaciones humanas han llevado a cabo el ejercicio de combinar ambos ejes, llegando a la conclusión de que las relaciones culturales pueden simplificarse en cuatro modelos (representados en cada uno de los cuadrantes formados por los dos ejes).

Donde prevalece la estabilidad y la mirada hacia el mundo interior se originarían culturas integradoras (que suelen dar mucha importancia a los procesos). Si la estabilidad se combina con una mirada hacia el exterior (más hacia las cosas que hacia las personas), nos encontraremos ante formas de hacer las cosas fiables (que suelen derivar en modos de hacer funcionales y burocráticos).

Sin embargo, cuando el cambio y la innovación se imponen, su combinación con la mirada hacia el exterior genera culturas creativas (muy adaptadoras, y basadas en proyectos); pero si buscan más la realidad cercana que dominan, el modelo cultural que emerge está centrado en la propia misión (que se combina y complementa a base de alianzas y redes).

También podemos considerar qué ocurre cuando nos movemos en una sola dimensión, y así la innovación por la innovación genera culturas disgregadoras y dispersas; la búsqueda de la sola fiabilidad en los resultados, propicia comportamientos exigentes que buscan la eficacia y el control a toda costa. Y en el otro eje, el polo del alejamiento de las personas suele llevar a la ineficiencia o la irrelevancia; mientras que centrarse sólo en lo que las personas demandan puede llegar a favorecer el inmovilismo o el paternalismo.

¿Qué modelo cultural reflejaría mejor la cultura del encuentro que una civilización del amor demanda? Desde luego, ninguno de los cuatro últimos (paternalista, irrelevante, controlador o disgregador). Y respecto a los cuatro primeros, que surgen de cruzar los dos ejes considerados, ¿cuál es más idóneo? La respuesta resulta fácil: los cuatro. Pero los cuatro sólo son posibles a la vez si nos elevamos sobre el plano que dibujan las dos dimensiones.

Nuestra civilización necesita las cuatro culturas a la vez. Y, en consecuencia, nuestra Universidad no sólo debe proponerlas sino sobre todo practicarlas. Pero sólo cuando introducimos la dimensión del amor pueden darse a la vez la creatividad atenta y la fidelidad a los compromisos; la ilusión por la misión y el carácter integrador. En el amor es donde confluyen, donde se encuentran, la comprensión y la verdad, el cumplimiento de la misión y la paz.

La brújula en la geografía del espíritu

Las minorías creativas dispuestas a impulsar la cultura del encuentro (la civilización del amor) tienen a su disposición numerosos “cuadernos de bitácora” que recogen la experiencia de quienes antes han recorrido a lo largo de la historia un camino semejante dentro de la geografía del espíritu.

A lo largo de la Historia ha habido muy distintos modos de darse el amor. Cada persona, de hecho, constituye un modo de decir una palabra al mundo. En su origen griego, “persona” era en el teatro quien tenía algo que decir. Cada persona es por tanto una palabra dicha al mundo, una palabra performativa, que no sólo describe, sino que hace lo que dice.

Salvando que los cuadernos de bitácora, los relatos biográficos, también son en cierto modo una brújula (como propone Isabel Sánchez), las minorías creativas cuentan con una estrella hacia la que apuntar: saben que tienen que mirar hacia el punto donde confluyen la misericordia y la verdad, la justicia y la paz. Esos son, en palabras de san Juan Pablo II, los cuatro puntos cardinales de la geografía de nuestro espíritu, y quien se orienta por ellos experimenta la felicidad que es consecuencia de la fidelidad al amor.

La fidelidad en la responsabilidad sobre los otros es el modo con el que Martin Buber define el amor: la responsabilidad de un yo sobre un tú. Pero en los momentos que vivimos, corremos el riesgo de conformarnos con una compasión superficial y débil, con esa impaciencia del corazón dibujada por Stefan Zweig que no es sino una defensa instintiva ante el dolor ajeno, y una respuesta al deseo de generar dependencia emocional.

Reconozco que siento un particular afecto por algunos pensadores de origen judío de este último siglo originarios de Viena. Un afecto que afecta, pues lleva a leer sus vidas con esa ternura que los hebreos denominaron “rahamim”, evocando las entrañas de las madres.

“Todo aquel que se interesa por un destino ajeno se ve privado de una parte de la libertad del suyo propio. Todo pasa factura, y las facturas tienen que pagarse”, afirma Zweig. Todo esto sería verdad si no existiese el perdón, si el amor (caritas, como gusta denominarlo San Agustín) se redujera al bien de la voluntad.

La inteligencia busca la verdad, y la voluntad busca el bien, pero el amor sólo busca dar. Y no tiene sentido en una auténtica universidad la discusión acerca de si en la formación integral debería primar la intelectual, la afectiva o la del carácter. Ese problema se resuelve por elevación.

Una nueva Universidad. Una Villa-Nueva

Somos testigos del nacimiento de una nueva Universidad, de una Villa Nueva, una ciudad nueva. ¿En qué amor va a fundarse esta ciudad? Sin duda en aquel en el que la verdadera biografía es histórica; y en el que la misión a la que es “con-vocada” es realmente una “llamada-con” otros.

No queremos ser una universidad más, “acomodada” al mundo existente. No nos vale con adaptarnos. Una ciudad nueva, renovada, es una ciudad transformada. Tampoco se trata de buscar novedades fruto de la permanente insatisfacción que produce la realidad concreta.

Sólo si hay personas nuevas, personas renovadas, personas transformadas, habrá una Villa-Nueva, un mundo renovado y mejor. Pero “llegar a ser nuevos” es un proceso, fruto de un encuentro que transforma. Cambiar de figura: trans-figurar; ser una re-creación, una nueva creación; con-vertirse: dar la vuelta. En realidad, renovarse no consiste en transformarse sino en dejarse transformar, dejarse modelar, dejarse conformar.

Buscamos la novedad que produce mirar de otro modo. Lo que nos cambia es el modo de pensar. No se trata sólo de cambiar el obrar: las competencias, o los resultados de aprendizaje. Nos mueve una razón nueva porque queremos cambiar nuestro modo de ver el mundo y a los otros. Y queremos comprender el mundo desde dentro.

El camino recorrido ha sido largo. Hemos llegado a una “madurez” que nos permite ser ya una Universidad y no sólo un Centro Universitario adscrito. ¿Es el inconformismo, la valentía de llevar la contraria, lo propio de la madurez?; ¿la autonomía de no escuchar ni dejarse ayudar?

No nos engañemos: la madurez exterior es compatible con la juventud interior (con la fortaleza). Lo que importa es la capacidad para ver desde dentro, lo que hace nuevas todas las cosas es aprender a mirar con el corazón.

La puerta del corazón

Caritas, dar de verdad, es darse, estar dispuesto a ir más allá, ponerse en juego. Sólo cuando nos ponemos en juego comprendemos (porque la vivimos) la nueva dimensión en la que hemos entrado.

La tercera dimensión, que nos da peso y volumen, es la altura. Y los polos que la integran están abajo y arriba.

Conocemos lo que tenemos debajo, la tierra que pisamos; y de ella brota la verdad, pues la verdad nace de la experiencia. De lo alto es de donde nos vienen los dones que no están a nuestro alcance. Lo propio de cada uno, nuestro don, lo que es primigeniamente justo, nos viene dado. Por eso podemos decir que la justicia nos mira desde arriba.

Que se encuentren la verdad y la misericordia, junto con la justicia y la paz, hace que sea posible un nuevo modo de vivir. El amor hace posible que los puntos cardinales del espíritu coincidan, se encuentren.

Pero el corazón no es una realidad esférica sino poliédrica. No aspira a que todos los puntos se encuentren a la misma distancia. Ama la diversidad de dones porque sabe que los dones que atesoran los demás son precisamente los que a él le faltan para ser plenamente.

El amor también ha hecho posible que ese encuentro se haya dado haciéndose carne. Todas las virtudes han vuelto a la Historia y gracias al Amor se han transformado en Dones.

La Verdad y la Justicia han entrado en la Historia, se han hecho carne y son ahora la Palabra y el Justo. Y sin embargo no pueden entrar en nuestro corazón si no les abrimos la puerta.

Ahí radica la tarea de las minorías creativas: despertar las conciencias, simplemente teniendo abierta la puerta de su propio corazón. Porque lo que transforma el corazón de los demás, lo que toca su puerta, es sencillamente tener abierta la propia viviendo de otra manera, cambiando de lógica. De ese modo se genera una nueva cultura, cultivando una nueva semilla.

Como nos recuerda el Papa Francisco, a los demás no se les convence, sino que se les comprende, se les acoge con la puerta abierta. Se acoge al que no sabe, al que está triste, al que sufre, al que

no tiene hogar, al que carece de libertad, al que no tiene para vivir, al que está desorientado, al que no piensa como nosotros. Y al acoger, al alojar, como hace la buena tierra que recibe y nutre la semilla, entonces viene de lo alto la lluvia para dar frutos de justicia.

Las minorías creativas sólo necesitan confiar en que nunca faltarán los dones, en que la tierra que trabajan siempre se transformará y regará.

Con espíritu abierto, universal

Una verdadera Universidad aspira a irradiar su influencia en todos los ámbitos del saber. Nuestro espíritu es universal, que no disperso, pues en todos los saberes, al tratar de descubrir la verdad sobre la persona humana que despliegan, salimos al paso de los interrogantes éticos y de sentido que nos plantean. De ese modo, la universidad contribuye también a que cada ciencia sea consciente de su lugar junto a las demás.

Como recoge nuestra Visión, queremos ser reconocidos como una Universidad innovadora en los procesos de aprendizaje humano, con proyección global por nuestra capacidad para promover en otras universidades, empresas e instituciones una cultura realmente centrada en la persona, experta en la formación en y para las nuevas realidades que transforman la sociedad, y capaz de evaluar los valores dominantes en nuestra cultura.

Y como eso sólo lo pueden lograr las personas que integramos Villanueva, queremos ofrecer a todos los que trabajan con nosotros una experiencia excepcional, una experiencia de aprendizaje y desarrollo personal que atraiga a quienes tienen un potencial sobresaliente en todos los niveles.

Formamos parte de uno de los mayores grupos educativos de nuestro país. Queremos ser expertos en aprendizaje y motivación para la formación del carácter en las diferentes etapas de la vida. Y queremos contribuir a potenciar el papel de la Educación en los cambios sociales.

A través de la formación en los diferentes ámbitos de las Ciencias Sociales (Empresa, Derecho, Comunicación) queremos contribuir a mejorar el bienestar, la justicia y la paz en nuestra sociedad.

También queremos estar presentes en los ámbitos directamente relacionados con las profesiones de salud en los que se necesita una mayor atención personal.

Queremos formar tanto para el mundo que vivimos como para trabajos y profesiones que todavía no existen, introduciendo el desarrollo de capacidades específicas para liderar con criterio las transformaciones tecnológicas y sociales.

En nuestros días, las tecnologías disruptivas ejercen el rol de motor principal de la innovación obligándonos a un entendimiento y una formación cada vez más interdisciplinarios. Por ese motivo necesitamos estar particularmente atentos a los cambios que producen nuevas formas de vivir y trabajar, nuevas formas de relación y comunicación, nuevos modelos de negocio, nuevas formas de regulación. Y al impacto que tienen en los procesos cognitivos, de aprendizaje y motivación, en la organización del trabajo, y en la concepción misma del ser personal.

Queremos tener una contribución significativa a una ecología solidaria promoviendo en empresas e instituciones una cultura de la sostenibilidad y gobernabilidad centradas en el respeto a la naturaleza y a la dignidad de las personas.

Aspiramos a participar en redes de excelencia internacionales de docencia e investigación. Queremos extender una red de universidades que defiendan al ser humano y su libertad, la búsqueda de la verdad y del bien.

La mejor Universidad es la vida

Cuando hablamos de una formación integral también nos referimos a un uso de las capacidades intelectuales íntegro e integrador. Cada ámbito de la vida reclama un tipo de saber, y por eso es tan importante saber jugar (saber ponerse en juego) en cada uno de los ámbitos.

En el terreno de las realidades materiales, por ejemplo, el tipo de relación suele ser instrumental; pero quien se aproxima a las demás personas con esa misma lógica seguramente caerá en la manipulación. Para tratar con personas hay que ampliar la razón, y tratar de participar (de tomar parte) en sus vidas.

No se puede jugar igual en el ámbito de las cosas, del arte, de las personas o de los valores. A las personas no las controlamos: nos encontramos con ellas, y cuando ese encuentro está presidido por la generosidad, la confianza, la cordialidad y la comunicación sincera, el fruto es la energía interior, la alegría y el entusiasmo.

Una Universidad que ayuda a conocer el ser personal es una Universidad que está formando para la vida. *Vivere viventibus est esse*: la vida es el acto de ser de los seres vivientes. Y en ese sentido desde luego que Villanueva quiere ser una Universidad para la vida, y para toda la vida.

Esta asignatura de la vida, en sus rasgos esenciales, debe estar presente en todas las materias que componen y compondrán las titulaciones que se impartan en Villanueva. Para cualquier profesor la asignatura es el alumno porque su objetivo pedagógico no es enseñar y evaluarle, sino conseguir que aprenda. Se trata de un proceso de acompañamiento, exigente porque busca el desarrollo personal, y porque sólo exigimos a quienes nos importan.

En ese proceso la pregunta por lo que significa ser persona humana lo preside todo; eso es exactamente lo que ocurre cuando la Universidad gira alrededor de la búsqueda de la verdad y el bien.

Y según sea la respuesta a esa pregunta se siguen unas consecuencias u otras en los comportamientos, y cada ciencia, cada saber, va encontrando su sitio junto a los demás. Junto a los demás, nunca contra los demás, porque “universidad”, “universitas” también significa “ad unum versus”, y la unidad la proporciona el sentido.

Con esto, casi todo está ya dicho. Sin embargo, seguramente no estará de más expresarlo en forma de materia al uso, ya que la gran emergencia educativa y formativa sigue siendo ordenar nuestros esquemas vitales. Una materia con sus objetivos, competencias, metodología, resultados de aprendizaje y sistema de evaluación.

Comenzamos nuestra andadura. Con un Acto de Apertura singular, irrepetible, ya que por ser el primero no cuenta con una memoria de actividades del curso anterior; ni siquiera con una toma de posesión de su Rector. Un Acto en el que tan apropiado sería anunciar que el curso académico queda abierto como afirmar que queda inaugurado.

Queda patente que la mayor originalidad, la verdadera singularidad, consiste en acudir a los orígenes, allí donde las cosas tienen su verdadero inicio. Porque el verdadero sentido no es el que está sólo al final, sino aquel que también se encuentra en el principio, del mismo modo que lo eterno no es sólo lo que vendrá después del tiempo, sino que ya se ha hecho presente en él.

En nuestros primeros pasos no podemos ni queremos olvidar lo que hace treinta años, el quince de agosto de mil novecientos noventa, expresó San Juan Pablo II: la Universidad, como Institución, nació en el corazón de la Iglesia (*Ex Corde Ecclesiae*), y debe tener la valentía de expresar verdades

quizás incómodas, verdades que pueden no halagar a la opinión pública, pero que son necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad.

La ponderación de la vida humana

Ya sabemos que la evaluación de nuestro aprendizaje colaborativo será cada vez más una evaluación continuada, si bien de una forma u otra siempre habrá exámenes.

Y de esos exámenes universitarios, son convenientemente anunciados el día y la hora en que se llevarán a cabo; pero, lógicamente, quienes van a tener que hacerlos desconocen sus preguntas.

En la vida, en la de cada uno, en nuestra historia, con el momento de la verdad ocurre lo contrario: de ese examen no sabemos el día y la hora, pero sí la pregunta de la que se nos examinará. Por eso, en el fondo, esta minoría creativa que quiere ser la Universidad Villanueva lo será en la medida en que sea capaz de reiterarla.

Clayton Christensen, uno de los profesores más famosos de la Universidad de Harvard en las últimas décadas, conocido entre otras cosas por haber sido el “creador” del marketing disruptivo, lo resumió espléndidamente cuando en medio de un acto académico de graduación de los alumnos que terminaban su MBA se hizo la siguiente pregunta: al final, ¿cómo será medida mi vida?, ¿qué me preguntará Dios cuando me encuentre con Él? Su respuesta fue la siguiente: me parece que no me preguntará cuánto dinero he ganado, ni siquiera cuánto he hecho ganar a otros; me parece que me preguntará cuántos corazones he tocado, a cuántas personas he hecho mejores.

El hábito de la ciencia no es otra cosa que la capacidad que tenemos para ponderar los acontecimientos, para valorar su importancia, para saber cuánto pesan. Y por eso una civilización tan antigua como la egipcia ya sabía que la medida final no era otra que el peso del corazón. El espíritu era guiado ante el tribunal de Osiris donde se le extraía mágicamente el corazón; y, depositado sobre uno de los dos platillos de una balanza, era contrapesado con el símbolo de la Verdad y la Justicia.

El objetivo de la felicidad

La asignatura de la vida tiene además de ese sistema de evaluación unos claros objetivos. El objetivo es la felicidad, la dicha, la alegría, el contento, la satisfacción, el gozo: que nuestro castellano tiene abundantes registros para un campo semántico tan importante como este.

En definitiva, el gran objetivo de la vida es la bienaventuranza. O, mejor aún en plural, las bienaventuranzas. Unas Bienaventuranzas que no dibujan un elenco de condicionantes de corte conductista, sino más bien la fisonomía de la Persona plenamente feliz.

Hay un matiz importante si queremos captar el alcance de este objetivo principal de la asignatura de la vida. Cuando la criatura más perfecta recibió el anuncio de su misión en el mundo, la expresión que escuchó fue “alégrate”. Curiosamente, no recibió el saludo hebreo usual, sino uno de raíz griega (“charis”) en el que alegría y amor coinciden. Es decir, que “alégrate” significaba sencillamente la invitación a darse a los demás plenamente.

Es probable que hayamos escuchado en otros contextos bien distintos la expresión “darlo todo”; por ejemplo, cuando en una fiesta hasta altas horas alguien ha cantado y bailado hasta la extenuación; esa persona, solemos decir, lo ha dado todo... Pero no hace falta mucha claridad de ideas (no hacen falta muchas luces) para darnos cuenta de que la diferencia entre decir “goza y dalo todo” y anunciar

“alégrate y date plenamente”, esa diferencia está principalmente en el plano en que se instalan ambos diálogos.

Las competencias y los dones

Si nos referimos a las competencias para lograr una vida plena, también salta a la vista el efecto que tiene un cambio de plano. No es lo mismo, por ejemplo, “analizar la realidad” que “mirar el interior”; “lograr una visión global”, que “saborear el sentido de la vida”; “razonar con rigor”, que “ponderar el valor de cada acontecimiento”.

Desde el punto de vista del comportamiento que tienen los hábitos intelectuales, podríamos decir que las tres parejas mencionadas se refieren respectivamente a la inteligencia, la sabiduría y la ciencia; o que se trata de niveles de posesión de competencias como la capacidad de análisis, síntesis y razonamiento. Sin embargo, la verdadera diferencia radica en la medida en que la actividad descrita pone en juego al sujeto que la ejerce.

No es lo mismo “buscar la verdad” que “saberse buscado por la verdad”. Y si nos referimos a hábitos de la voluntad, tampoco es lo mismo “forjarse una voluntad fuerte” que “tener un corazón grande”; “gobernar las propias emociones”, que “amar de un modo apasionado”; “estar presente”, que “tener presencia”. No es lo mismo “ser muy competente”, que “ponerse en juego”; “dar a cada uno lo suyo”, que “dar a cada uno lo mejor”; “buscar el bien”, que “querer darse”.

En suma, no es lo mismo “regalar” que “saberse un regalo”. Y es que el amor nos instala en otro ámbito, en otro plano, en el que las competencias se transforman en dones, y en el que aceptar es anterior a dar.

Podemos preguntarnos ahora por la metodología de esta asignatura de la vida. Si nos cuestionamos por la adquisición de competencias en el ámbito en que son verdaderos dones, la pregunta es bastante sencilla: ¿cómo se consiguen los regalos?

La respuesta más inmediata no es otra que pidiéndolos. También, aceptándolos y agradeciéndolos desde luego. Y en este sentido la recepción de los dones nos remite a nuestro origen, a la radical dependencia de un Tú con el que necesitamos seguir ligados. Un Tú que además nos ha enseñado cómo tenemos que pedirlos, y que en esa enseñanza nos ha descubierto que quien recibe los dones no es un Yo sino un Nosotros.

También puede ocurrir que los regalos recibidos pasen inadvertidos, y en ese caso la metodología para ser conscientes de los dones recibidos no es otra que separar, quitar las capas que sobran para que en el fondo del corazón aparezca el ser, comparezca el amor. Ascender es en cierto modo descender; quitar, quemar para unificar entendimiento, voluntad, sentidos y sentimientos, para entrar en el interior y así poder ver.

El resultado de las buenas obras

Ya sólo nos quedan los resultados de aprendizaje. Está claro que los más incuestionables son aquellas catorce buenas obras, del alma y el cuerpo, con las que demostramos nuestra capacidad de acoger a los demás. Ciertamente, serán las evidencias de haber tocado otros corazones.

Y serán también el fruto de haber vivido un estilo de vida y unos criterios de actuación basados en los principios cordiales que se siguen de los objetivos, las competencias y la metodología de aprendizaje.

Para quienes viven atentos a los latidos del corazón y sintonizan con sus principios cordiales, la realidad es inteligible, todo lo grande comienza siendo pequeño, las relaciones humanas no tienen por qué ser conflictivas, tienen más alegría en dar que en recibir, saben sembrar y esperar porque los proyectos importan más que los procesos, el todo es superior a las partes, y el ser de cualquier persona importa mucho más que el tener.

Quienes hoy iniciamos académicamente la historia de esta Villa-Nueva nos sentimos privilegiados de poner los cimientos, de sembrar lo que otros recogerán. Con el tiempo, haremos muchas cosas, y seguramente muchas serán buenas, o incluso muy buenas. Pero como minorías creativas siempre nos preguntaremos si eran esas las que teníamos que hacer, si era eso lo que Dios quería. Una pregunta que puede parecer amenazante más que desafiante. Pero que no lo es.

Por eso, más que con una pregunta, quizás deberíamos terminar con una sonrisa que cubra elegantemente nuestros límites y nuestras limitaciones. Con esa sonrisa que parece hurtarnos la situación que ahora vivimos.

La sonrisa expresa mucho sin decir nada. Es a la vez figura y forma interior que conforma y estructura la realidad de nuestros encuentros. Y porque la sonrisa viene de dentro, apreciarla significa participar de la actitud interior del otro.

Quizás tengamos que aprender a sonreír con los ojos. En cualquier caso, la sonrisa que más nos importa es la de Quien es Persona Humana del modo más pleno. Por eso, hoy, al esbozar con tanta ilusión nuestra Misión, Visión, Valores, Modelo Pedagógico y nuestros proyectos más estratégicos, no olvidamos que “si quieres hacer sonreír a Dios, solo tienes que contarle tus planes”.

Quizás por todo eso el día que hemos escogido para esta Solemne Inauguración Académica de Villanueva coincide con la primera Memoria del Santo Cardenal Newman, y equidista de la fecha en que fueron canonizados San Josemaría y San John Henry Newman.

Hace diez años Benedicto XVI afirmaba en la ceremonia de Beatificación que “el lema del Cardenal Newman, *cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón), nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios”.

Y San Josemaría, ayer hizo 53 años, en aquella memorable homilía del campus de la Universidad de Navarra afirmaba que “en la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria”.

¿Cómo sabremos, dentro de unos años, si Villanueva ha tenido éxito, si lo hemos hecho bien? Si Dios quiere en breve tendremos a esos dos santos, grandes universitarios, acompañándonos en nuestro nuevo Oratorio con un retrato de cada uno que hemos encargado. Y seguramente los dos nos recordarán que el mejor indicador del éxito de esta empresa que hemos iniciado será lo que pese nuestro corazón y los corazones que hayamos tocado.